



LA RAZA COMO FACTOR SOCIAL

I. — *La ciencia del hombre y la ciencia de la sociedad.* —
Interesa a la precisión de las ideas en el asunto a considerar la referencia a distinciones entre términos cuyo uso es muy frecuente sin que éste resulte, en todos los casos, ajustado a la exactitud. Reina todavía bastante confusión en el empleo de los vocablos "antropología", "etnografía" y "etnología". En principio, y conforme a su alcance etimológico la palabra *antropología* designa la genérica ciencia natural del hombre. Pero este concepto paralelamente sintético y amplio, dentro del cual una lógica escurridiza incluiría ciencias tan vastas y tan especiales como la psicología y la sociología humanas, requiere restricción. Nace ésta, cabalmente, de la existencia de esas disciplinas abstractas que estudian y explican las leyes del espíritu y de la sociedad. Limitase entonces la antropología a constituir una rama de la zoología general. Es la ciencia concreta y descriptiva del hombre como ser particular, considerándolo el tipo más elevado de la vida. Apoyada con preferencia en la biología y en la paleontología se ocupará de los problemas relativos al origen del hombre, a la antigüedad de la especie humana, a su centro de aparición, a la influencia del clima en el tipo humano, a la herencia, etc. Así concebida, con un carácter acentuadamente físico y biológico resulta más concreta que la botánica o la zoología. Téngase en cuenta, para mejor precisar, que su florecimiento señaló el ocaso de la idea mítica del "hombre-zar de la naturaleza".

Si la idea genérica que despierta la palabra “antropología” producía a las veces incertidumbre sobre el contenido real de los estudios a que ella se aplica, existía y existe verdadera confusión en el uso de los términos *etnografía* y *etnología*. Puede uno adquirir un indicio de tal estado de cosas leyendo los artículos pertinentes de la *Grande Encyclopédie*, hojeando un tratado de filosofía social, o recorriendo los mejores vocabularios científicos, no excluido el compuesto por instituciones tan respetables como la *Société française de philosophie*. Cuando se ha buscado cumplir un propósito de distinción, el resultado rara vez ha sido satisfactorio. Cabe definir la *etnografía* como la disciplina que describe los caracteres, transformaciones e instituciones de las distintas variedades humanas y sus derivados. La *etnología* en cambio, es la disciplina que estudia *comparativamente* las instituciones y creencias de los grupos primitivos a fin de concretar las *formas generales* del desarrollo psico-social humano. La explicación de estas formas toca a la ciencia de la sociedad. (1).

La demarcación precedente, inspirada por la necesidad de definir el alcance de dos términos con frecuencia equivaluados (2) revela por sí sola el aporte diverso, más o menos considerable, que la antropología, la etnografía y la etnología pueden arrimar a las investigaciones actuales sobre la realidad colectiva. De la etnología puede afirmarse que constituye el brazo izquierdo de la sociología, como el derecho la historia.

(1) Como se ve, no admito la distinción de Broca, quien consideraba al lado de la *antropología general*, la *antropología especial* o *etnología* (estudio de las razas) y la *etnografía* (estudio de los pueblos). Tampoco hallo exacta la definición que Bastián propuso para la etnología. En cierto sentido, esta disciplina no venía a formar otra cosa que la sociología misma. Pero limitando debidamente el campo de la etnología, la concepción que de ésta tuvo Bastián se acerca a la establecida, pues quiso concretar «el pensamiento de los pueblos», la *uniformidad psicológica* de la organización humana, mediante la comprobación de analogías en las instituciones de los diversos grupos.

(2) La vaguedad respecto de la definición de etnografía y de etnología se advierte aún en autores tan concienzudos como Quesada. (*La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*, pág. 618) si bien más adelante (pág. 981) tiene ocasión de aclarar su pensamiento al referirse a la obra de Bastián.

2. — *La raza y nuestros precursores.* Concebida la ciencia como función social, esto es, como la paralela elevación de la masa y de sus hombres representativos en el conocimiento de las leyes naturales, siempre será útil remontarse al pensamiento de nuestros precursores frente al problema étnico. Todo el que considere cuán viculado se halla éste a preocupaciones individuales y sociales muy firmes concebirá, por clara educación, fácil la tarea de buscar en la literatura argentina, como en cualquier otra, alusiones al rol de la raza como factor primacial. Lo difícil, parece, es dar con desarrollos siquiera aproximadamente concienzudos sobre el particular, o con un pensamiento aislado que denuncie, al menos, intuiciones afortunadas. Las asechanzas del espíritu simplista suelen rendir sin esfuerzo a los que aspiran a cumplir, en cada grupo, obra apostólica, misión política u oficio profético. El hombre de estado que se regocija en el parlamento ante las perspectivas halagadoras de una situación económica acude a la “virtud de la

raza” para el trabajo y la previsión con tan resuelta espontaneidad como el agitador que en horas de incertidumbre general fustiga al gobierno para sumirse luego en las complejidades de la herencia étnica, causante de la disipación y de la inconstancia en la labor, exactamente como el generoso propagandista que busca en injertos culturales de “razas privilegiadas”, o en “uniones” de pueblos afines, remedio a penurias interiores o defensa a peligros exteriores. Tornando a los precursores argentinos de la filosofía social, hallaremos con frecuencia exhortaciones y prédicas en las que la idea de raza juega su influjo. Si hoy las tomamos en cuenta, a pesar de las reservas que despiertan en el científico esas prédicas apasionadas, es precisamente porque quienes las formularon supieron destacarse en su hora al enfrentar los interrogantes que planteara la azarosa evolución de la república.

Esteban Echeverría no se preocupó de la materia, lo que no es sorprendente si se tiene en cuenta que en su época no estaba

colocado el problema en los términos que Gobineau le impuso. Denominaban las corrientes intelectuales de entonces los dogmas de la unidad originaria del género humano y de la creación divina. El romanticismo igualitario y democrático de Echeverría pudo haberle conducido a sostener que no existían razas superiores. Sin embargo, en la segunda lectura del "Salón literario", desarrollando sus teorías económicas, afirmó la diversa aptitud psíquica de las razas, atribuyéndola, a lo que parece, a los caracteres antropológicos. "Pertenece a una raza privilegiada, dijo, a la raza caucasiana, mejor dotada que ninguna de las conocidas de un cráneo extenso y de facultades intelectuales y perceptivas." Es todo.

Juan Bautista Alberdi llegó a concebir con nitidez el influjo que podía tener en la marcha de los pueblos la diversidad en los caracteres de las variedades humanas; pero tampoco examinó con detención el asunto. (1) Con todo, son muy sugestivas estas palabras, que le muestran enérgico creyente en el valor de la educación social: — "¿Es la raza o es el clima lo que da a los hombres del norte la aptitud para el *self-government*? ¿Hay climas que convienen más que otros al árbol de la libertad? ¿Hay razas que sólo pertenecen a ciertos climas? La raza y el clima han podido influir en el hombre en los orígenes y principios de la civilización; pero las conquistas mismas de la civilización le han ido emancipando de esas influencias físicas, y han hecho de la libertad una planta de todos los climas y de cada clima la patria posible de todas las razas. . . . Lo que se llama el instinto de libertad de los pueblos de origen sajón no es más que una primera edu-

(1) En otra ocasión sostuve que Alberdi podía ser definido como un *sociólogo práctico*. Esto ha sorprendido a los que niegan a Alberdi todo talento práctico, recordando quizás la sentencia que Avellaneda le aplicara: *Vir accuratissimus in verbis atque in rerum substantia, sed in materia plene ignarus*. Cuando no se conoce bien la fácil distinción que hay entre «sociología práctica» y «arte social» se incurre inevitablemente en errores de apreciación. El sociólogo práctico es siempre un *teórico*. Lo que se quiere decir generalmente es que Alberdi no hubiera sido nunca un buen artista social.

cación de que son susceptibles todos los pueblos de la raza humana, no importa de qué origen ni de qué clima". (*Obras*, VIII, 397, 506). Conocidas son las preferencias de Alberdi por la raza sajona, a causa de la concepción justa que, en su sentir, tenía ella de la libertad.

La más valiosa aplicación de la etnografía a los problemas argentinos fué la hecha por Domingo F. Sarmiento. "Es nuestro ánimo, dice en *Conflicto y armonía de las razas*, descender a las profundidades de la composición social de nuestras poblaciones". Señala la formación del pueblo argentino, indica los factores de su decadencia, derivada del caduco germen étnico que forman el elemento hispano y el indígena, destaca la casi nula acción de la raza negra, y pregona como correctivos de la regresión que traería la herencia de españoles e indígenas, el cruzamiento con razas mejores y la educación. Aportó Sarmiento en este estudio sus mejores conocimientos en la materia, su aguzado don de observación y ese vibrante espíritu de educador nacional que vigoriza toda su obra. Años después, Carlos Pellegrini debía adherir, en carta al doctor Ayarragaray, a las ideas expuestas por Sarmiento. (1).

José Manuel Estrada remata este sobrio recuerdo. En un trabajo juvenil (*El génesis de nuestra raza*; refutación a las ideas del doctor Gustavo Minelli), en el que sus conocidas convicciones religiosas asumen ya un rigor difícil de superar, sostuvo la unidad de la raza humana y exaltó el valor de la educación. "No queda una duda, dice, de que el desarrollo de la inteligencia modifica no sólo la forma del cráneo, sino hasta los menores accidentes del tipo. Un negro originario del Africa, con toda la degradación de su estúpido salvajismo, es susceptible de civilización; ilustrad-

(1) Sostuvo también que Sarmiento encarnó el tipo del *artista social*, y que no fué, propiamente, sociólogo teórico ni práctico. Esto último hay que entenderlo subordinado al primer concepto. Para ser «artista social» (estadista), hay que poseer alguna *teoría*, por imperfecta que parezca, de las fuerzas colectivas del medio en que se obra.

lo, ejercitad sus potencias intelectuales, y si en él mismo no se nota una modificación frenológica, observad su prole en la segunda o tercera generación; y cuando veáis su cráneo desenvuelto, su cabellera lanuda que se afina y que se alarga, decidme después que la raza humana es múltiple.” Atacó también la doctrina del origen natural del hombre.

3. — *El medio social, el medio físico y la raza.* — Todo análisis de la realidad colectiva toma en cuenta, a la vez, el medio físico y el medio social. El medio físico se refiere a la base geográfica de los pueblos en sus relaciones con la organización del grupo. El medio social comprende, principalmente, el *volumen* de la población, o sea el número de unidades sociales, y la *densidad dinámica* o sea el grado de concentración de la masa. Es uno de los méritos de la actual escuela objetiva el de haber insistido con fundamento sobre esta última distinción; pero a fin de que ella adquiriera todo su significado se hace necesario completarla. No es posible atenerse, so pretexto de rigor mecanicista, tan solo a la cantidad de las unidades sociales: hay que fijarse también en la calidad. El propio jefe de los objetivistas se ve obligado a insinuar este complemento cuando en su libro fundamental recuerda que “por densidad dinámica no hay que entender el estrechamiento puramente material del agregado... sino el estrechamiento *moral*, del cual el precedente no es más que el auxiliar y con mucha frecuencia la resultante.” Refuerza su tesis con el ejemplo de Inglaterra, donde la densidad material es superior a la de Francia, no obstante lo cual la coalescencia de los segmentos está mucho menos adelantada, como lo prueba la persistencia del espíritu local y de la vida regional. En última instancia, se recurre a una especie de *solidaridad* para caracterizar la densidad dinámica del agregado. Ahora bien: la raza que habita la Gran Bretaña no es seguramente la misma que predomina en Francia. ¿Hay algún nexo entre esta diferencia étnica y la que se nota en el grado de coalescencia de los segmentos sociales?

Impuesta una apreciación *cualitativa* de los agregados, se hace imprescindible en el estudio del medio social, al lado del "volumen" y de la "densidad", la referencia a lo que se llamaría *energía psíquica* del grupo, entendiéndose por tal el grado de capacidad de cada grupo humano para concebir altos valores sociales y realizar adquisiciones conformes a dichos valores. Si el volumen y la densidad varían de una sociedad a otra, ocurre lo mismo, sin disputa, tratándose de la energía psíquica. Importa tenerlo en cuenta, ya que la explicación científica que se busca aparecería mutilada con la exclusiva referencia a los dos primeros elementos. Y como la *energía psíquica* puede arraigar en adquisiciones orgánico-biológicas de los hombres, siendo ella, además, la que imprime dirección y altura a la marcha de las instituciones, se arriba al problema de las relaciones del medio externo con los hombres o, más concretamente, al del influjo recíproco del medio y la raza.

Durante mucho tiempo, la explicación a base de las influencias externas mantuvo su auge. Contribuían a ello tradiciones prestigiosas, libros de bella factura literaria y la agradable sencillez del punto de arranque, pues nadie promovía querella sobre el concepto de *clima*. Cuando éste fué sustituido por el de *raza*, surgieron inmediatamente los más enfoscados problemas. ¿Se estaba seguro sobre la noción misma de raza? ¿Cuántas eran las variedades? ¿Cuál era el rol de la herencia? ¿Cuál el alcance de los cruzamientos? Pero el impulso estaba dado. Los prejuicios colectivos, primero, y las prolijas rectificaciones de los antropólogos, luego, hicieron el resto. Si la vieja disputa entre el medio y la raza se apagó, otras la reemplazaron. Una nueva escuela había aparecido en la filosofía social.

4. — *La antroposociología. Su trascendencia.* — Siendo hoy tan conocidos los desarrollos que el conde de Gobineau dió a la preocupación étnica con su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* interesa de ellos sólo un corto resumen.

No hay otro factor en la historia de los grupos humanos que

la pureza o la mezcla de las razas. Del primer período de la historia universal, caracterizado por la aparición del hombre primitivo (adamita), nada se conoce. En el segundo aparecen las tres razas características: la blanca, la amarilla y la negra. En el tercer y cuarto período se advierten, respectivamente, variedades y combinaciones de esas grandes razas. El tipo excelso de raza es el "ariano", que hubiera dominado eternamente a los demás a no mediar la panmixia o mezcla de sangres, que trae la diversidad de las ideas y de las creencias, y la ruina de las sociedades.

Lapouge ha consolidado la tesis gobinista mediante el aporte de un principio biológico: la selección. A diferencia de Gobineau, que se fijaba en los grandes acontecimientos (invasión, conquista, migración) para explicar la historia de la humanidad, Lapouge se fija en el detalle de las acciones de los innumerables individuos que forman cada grupo (selección interna e invasión intersticial). Reemplaza las grandes causas por las pequeñas, como Lyell lo hizo con la doctrina de las revoluciones geológicas de Cuvier, o como lo cumplió Darwin en su hoy clásico estudio sobre los arrecifes coralíferos. Sostiene que la raza se caracteriza por la estructura del cráneo, y fundado en las diferencias que existen en los índices cefálicos (braquicefalia y dolicocefalia) afirma que el elemento dolicocefalo determina en todas partes un estado de mejoramiento social. El cruzamiento, la transmisión hereditaria y la selección social son los tres nervios que dan vigor científico a la teoría de Lapouge, si bien no debe olvidarse que para éste la selección social se realiza no sólo en el sentido meliorista sino también en el regresivo.

Los críticos que habían sonreído ante los éxtasis de Gobineau, acogieron con cierta consideración la obra incuestionablemente más seria de Lapouge: pero no vacilaron en reputarla insuficiente tras un análisis riguroso. Con todo, la antroposociología no deja todavía de tentar a los científicos, y esto por dos motivos interesantes:

a) Porque la sociología adquiere por ella, sin mayor esfuerzo,

los prestigios de una *ciencia natural*. Reduciéndose el estudio del fenómeno social al análisis y clasificación de los caracteres antropológicos de los pueblos, se parte de una disciplina eminentemente natural, positiva y concreta, como es la ciencia específica del hombre. La sociología ingresa de pleno derecho al laboratorio, sin que para ello se necesite cumplir la penosa tarea de observación y de lento estudio que se imponen los creen que cada ciencia debe explicarse por principios propios, y aplican este *criterium* a la nuestra.

b) Porque asignando influjo decisivo a la raza, se atribuye también eficacia causal al *factor psicológico* individual en la vida de las sociedades, en contra de las premisas que invoca la escuela objetivo-mecanicista actual. Como la de raza es una noción orgánico-psíquica, si los fenómenos colectivos han de variar a compás de las alteraciones en la composición étnica de los grupos, será inevitable la conclusión de que ellos dependen estrechamente del factor psíquico. Por consiguiente, la antroposociología hace alianza con esa poderosa corriente de ideas antagónicas a la de los neopositivistas. Comprendiéndolo así, éstos — por intermedio de su jefe, han condenado a los partidarios de Gobineau y de Lapouge, diciendo que “no tienen conocimiento de ningún fenómeno social que esté colocado, de una manera incontestada, bajo la dependencia de la raza”.

Con lo expuesto se evidencia el alcance significativo de la escuela que se considera. De la exactitud de sus postulados depende, en el primer caso, el desenlace de una seria cuestión metodológica, y en el segundo el fallo de una querrela fundamental. Pero hay algo todavía que revela categóricamente la trascendencia que para nuestros estudios puede alcanzar: la vinculación que media entre ella y la doctrina del materialismo histórico.

La última reposa sobre la consideración del factor económico como *primum movens* de las fuerzas colectivas, y considera que en la organización económica lo que más interesa es la composición del utilaje de la producción, la que en último término,

explica todo el movimiento de la vida social. Ahora bien, el utilaje presupone la *invención*, y la cuestión se concreta entonces al estudio de las condiciones psíquicas de las primeras razas humanas. ¿Están igualmente dotadas las razas de facultad o aptitud inventiva? ¿Hubo en ellas la misma capacidad raigal para la industria y la previsión? El acto *técnico*, que se refiere a las cosas con prescindencia de los individuos, y el acto *económico* que, a la inversa, considera las cosas en relación con las personas, se hallan innegablemente referidos al mayor o menor desenvolvimiento espiritual que logran los grupos humanos. La eficaz dominación de la naturaleza por el hombre, y la valorización social que obtienen las conquistas alcanzadas por un esfuerzo semejante, implican, en sus variaciones, grados correlativos de florecimiento mental. Suerte de panteísmo sociológico, la doctrina étnográfica incluye, según lo dicho, la concepción económica de la historia, como incluiría, por poco que se razone, casi todas las doctrinas que parten del fenómeno psíquico o que se basan en postulados biológicos.

5. — *El concepto de raza.* — El medio externo, que al presente determina la repartición desigual de los hombres en la superficie del globo, determinó en épocas remotas el desigual reparto de los caracteres antropológicos, o sea la formación de variedades humanas. Esta verdad ha conducido al principio, que muchos admiten, de no ser la de raza sino una noción zoológica, al paso que otros no ven en la misma otra cosa que una entidad histórica, producto de los acontecimientos colectivos. (1). Necesario es tomar cuenta ambas opiniones. En su sentido biológico la raza es el conjunto de caracteres físicos y psíquicos que definen un tipo, caracteres formados durante las épocas geológicas a compás de las diversidades en la adaptación humana.

(1) Entre nosotros, Rivarola (H. C.), en su libro *Las transformaciones de la sociedad argentina*, pág. 14, adopta este punto de vista. Admite la idea de «razas históricas», o «conjunto de modalidades comunes a un Estado o una nación determinada», refiriéndose así a la sociedad (y no a la raza) argentina.

En su significado histórico, la raza nos aparece como el conjunto de modalidades resultantes de un mismo influjo social, sobre grupos de diversa composición étnica. Es con este alcance que se habla de *raza latina*, por ejemplo. Merece recordarse que el problema étnico solo adquiere gravedad una vez que se le conexas con las resultantes del primer concepto enunciado.

Cuando se trata de fijar el tipo de los caracteres diferenciales, crecen las incertidumbres. Las teorizaciones de Lapouge y sus adeptos, a base de agrupaciones de índices cefálicos, son hasta hoy, por desgracia, muy poco concluyentes. El *leit motiv* de las críticas que suscitaron, se concreta en la no comprobación de la correspondencia que se pretende establecer entre el índice cefálico y la aptitud espiritual de los individuos, puesto que el llamado *homo europeus*, el mediterráneo y el negro son delicocéfalos. Fuera de esto, alguien hizo notar, a su tiempo, otra curiosa consecuencia de la tesis: mientras el nivel intelectual de los pueblos tiende a ascender sin interrupción, mientras la ciencia y la industria acrecientan sus conquistas, el índice cefálico tiende a aumentar por todas partes, desde los tiempos prehistóricos. Con todo, y siendo la forma de la cabeza el único carácter étnico que resiste a la acción del medio físico, tiene su gran valor para la antropología.

Si el índice cefálico carece de trascendencia, el color en cambio, denuncia cierta notoria correspondencia con el estado social en que viven los grupos. El color es el sello persistente de influencias físicas primordiales sobre el organismo y es, en el presente, el común denominador de muy diversos factores psicológicos y colectivos, que en los mismos grupos se advierten; adquiere, por tanto, en el estudio de tales factores, relieve especialísimo. Todo el mundo sabe hasta que punto la raza negra se ha mantenido política, artística y religiosamente rebajada, sin que tampoco se ignore que las instituciones de la llamada "civilización amarilla" — aun las que resultan de una sagaz adaptación, cumplida en los últimos tiempos — mutilan la vieja fórmula de la vida social, pues logran un orden sin progreso.

Se liga con el concepto de raza el fenómeno de los cruzamientos. Sea que — como lo han predicado algunos — toda la decadencia de los pueblos se explique por los efectos funestos del mestizaje, sea que, como lo quieren otros, el mestizaje resulte provechoso y fecundo, es lo cierto que la experiencia parece confirmar lo que la pura lógica señala, es decir, que el compuesto obtenido de la mezcla de razas diferentes se acerca siempre a la raza dominante, conclusión que en su simplicidad encierra gran trascendencia.

6.—*La significación de la raza.*—Si se dijese con Girard y con Xenopol que “el factor raza supera con mucho a los factores geográficos e históricos en importancia para la evolución, siendo el elemento esencial y en ocasiones suficiente, la causa intrínseca”, se diría seguramente una verdad, aunque no la única verdad interesante del asunto. Habría que añadir que ese predominio tiende a debilitarse por las condiciones que supone la moderna civilización. Las leyes económicas que rigen al mundo en la actualidad permitirán, sin duda, extender a todos los ámbitos la prosperidad que irradia el occidente, facilitando la nivelación de las razas. La adaptación social puede mucho, por cierto, en este sentido; pero aparte de que tal movimiento nivelador sería lentísimo, no debe olvidarse de que todo capital transmitido a un grupo está sujeto, por lo que a los resultados de su inversión interesa, a las aptitudes nativas del propio grupo adaptante. Se ha visto ya la relación en que se hallan la raza, el medio físico y el medio social. Es claro que si una raza inferior actúa frente a condiciones exteriores desfavorables, o en un medio social antipático, las probabilidades de su elevación progresiva se anulan. Cuando — a la inversa — las condiciones físicas o colectivas que rodean a una raza, prohíjan el florecimiento de las mejores aptitudes humanas ella puede llegar al fastigio de su evolución. Pero será siempre una verdad la que establece que las razas, si no tienen un límite intelectual infranqueable, guardan una distancia cultural que nunca ha de desapa-

recer. En la masa y en el héroe — los dos agentes de todo progreso que nos revela la historia, — comprobamos la exactitud de esta afirmación.

Se puede sostener entonces que la raza es factor principalísimo en la vida de las sociedades, aunque debe agregarse que tal primacía deriva menos de los caracteres propiamente étnicos — revelados hasta ahora de un modo incierto — que del conjunto de condiciones sociales en que las mismas se desenvuelven, condiciones explicadas por las diferencias originarias en la adaptación humana. Esta síntesis, sin embargo, no autoriza exclusivismos ni predica ninguna veleidad simplista. El fondo de la raza trabaja silenciosamente en la marcha de los pueblos, pero los restantes factores sociales juegan sus propios enlaces y funciones. Si alguien en presencia de una evolución política, del cambio de un régimen de propiedad, de una corriente artística advenida, acudiese de golpe para explicar tales fenómenos a esta aptitud superior o a aquella característica de la raza, incurriría en una vulgaridad. No por ser factor principal deja la raza de ser factor remoto. La raza es el agente director en la cuadriga de los principales elementos sociales. Es juez supremo, pero por lo mismo falla en última instancia. Y si sus veredictos confirman siempre los otros, les añaden sentido, claridad y firmeza.

RAUL A. ORGAZ.
